

Remata el sermon con un tratado admirable del uso de los Sacramentos, en especial de la sagrada Comunión: trata de la necesidad que tenemos de ellos, y de la frecuencia con que se han de recibir: discurre en esta materia como tan gran Maestro; y sus reglas y documentos deben creerse, como del hombre de mayores experiencias, de mayor espíritu y letras, que de este genero por ventura tenia la Christiandad: y el que los siguiere, llevará buen camino; como por no observarlos han errado muchos. He tocado de intento los puntos principales de este sermon y su importancia, porque sirva de añagaza à los devotos para que le busquen y lean muchas veces, principalmente esta parte ultima que toca à la platica de recibir los Sacramentos, que por ser en muchos fieles tan frecuente, pide entenderse y estudiarse de ordinario.

En el dia que comenzó á escribir este sermon, tuvo principio su ultima enfermedad: no se acobardó por tanto, antes prosiguió animoso, sin que los accidentes que padecia fuesen parte para impedir el estudio y el dictar: murió como havia vivido, perfecto Maestro del Evangelio: acabó sus dias predicando y escribiendo en servicio de la Iglesia y gran beneficio de los fieles; y como cisne divino, al morir cantó mas suavemente. Fuesse esforzando hasta acabar el sermon; que con robusta salud, y grandes fuerzas de ingenio y mucho estudio, fuera hazaña gloriosa haverle escrito: mas el caudal grande del Maestro, y facilidad en el escribir, y principalmente su zelo y amor de Dios facilitaron la empresa.

Haviendose acabado, dió orden que se imprimiese; y el Arzobispo de Lisboa dispensó que en los dos postreros dias de Pascua de Navidad se pudiese trabajar en la impresion, atendiendo à la necesidad publica que à la sazón havia de aquel sermon en aquella ciudad y toda España, y aun fuera de ella;

y por dár gusto tambien al bendito enfermo, que deseaba verle impresso antes de morir, como pronosticando el provecho que con él se havia de hazer en el mundo. Acabóse de estampar dia de los Santos Inocentes: luego se le llevaron à la celda; y vióle, y alegróse mucho.

Este sermon fue de grande utilidad, y se ha estimado y estimará perpetuamente: descubre la entereza del entendimiento y juicio con que llegó el Padre Fr. Luis hasta la ultima edad, sin que tantas enfermedades, penitencias y años hiziesen una corta mella en su gran juicio. Esparcióse luego por toda la Christiandad; llegó à Roma; recibióle el Ilustríssimo Cardenal Don Pedro Deza, grande amigo y apasionado del P. M. Fr. Luis: hizo se le leyessen à la mesa; y haviendole oído con gran gusto y atencion, dixo que havia sido dichosa la caída de aquella Monja, para que se gozasse de aquel sermon. Y de verdad, siendo tan posibles las caídas de personas virtuosas, y viendose tantas veces, quedó en la Iglesia un antidoto para todas estas ocasiones. Este sermon anduvo de por sí en un librito pequeño; perdióse ò escondióse con el tiempo; para conservar este tesoro, se puso al fin de los sermones que andan en el libro del Compendio de la Doctrina Christiana, impresso en Madrid año de 1595. y ultimamente en el libro de la Introduccion al Symbolo de la Fé, impresso en Lerma el año de 1619. es justo se halle en muchas partes lo que puede aprovechar à todos y en todas edades.

De esta mesma materia, con ocasion del caso de Portugal, haze un docto tratado el muy Religioso Padre Pedro de Ribadencyra, de la Compañía de Jesus, en el segundo libro del Tratado de la Tribulacion, en el capitulo quince y los siguientes.

## CAPITULO XIV.

*Recompensa del suceso de la Priora en las grandes virtudes de muchas Señoras Portuguesas, y Religiosas de la Orden de Santo Domingo de este Reyno.*

LOS que han suleado dilatados golfos, y padecido molestissimas tormentas, quebrantadas las fuerzas, si à deshora llegan con bonanza à tomar puerto, piden con justa razon qualquier descanso y alivio. Navegado havemos en los discursos pasados un mar lleno de borrascas y disgustos, con materias desabridas, en que el gusto que suele buscarse en la leccion de los libros, ha padecido tormenta. Justo es que busquemos reparo à tanto desabrimiento, no fuera del intento de esta historia, en que hemos procurado descubrir algunas de las minas ricas de la Religion sagrada del glorioso Patriarca Santo Domingo. Es pues mi intento tocar, aunque ligeramente, las alabanzas de algunas Religiosas Portuguesas de esta Orden, que en este tiempo y los pasados han florecido en admirable y rara santidad de vida, que sean como recompensa del suceso infeliz que referimos. A que darán principio las virtudes heroicas de muchas Señoras de este Reyno, que en esta Religion y otras han admirado el mundo con su mejora de vida en nuestros dias, à vista del suceso que dexamos escrito. El que gustare de continuar la historia, puede pasar al capitulo siguiente; que no se havrá escrito para él este discurso, ni tendrá que censurarse por largo y fuera del intento: quiero para él Lectores voluntarios.

Es verdad cierta, y cada dia tocamos con las manos, que si el partido de Dios tal vez padece y recibe menoscabos, sabe la bondad divina recompensarse tan aventajadamente, que saca de males bienes, y de la caída de los malos las ventajas y medras de los justos, y

aun la persona mesma del caído. Siempre el partido de Dios queda saneado, esforzando los favores de su gracia à enriquecer los humildes à vista de las pérdidas de los presumptuosos. Han nuestro Señor en estos años mostrado con evidencia lo cierto de esta verdad en las heroicas hazañas de muchas Señoras Portuguesas, que por este mismo tiempo han levantado, con asombro del infierno, el estandarte de la Cruz de Christo, y seguido sus pisadas.

No tocaré lo que se vé cada dia en muchas doncellas de la primera nobleza, y de menor condicion, el entrarse en los Conventos à escusas de sus padres, dexando grandes dotes y esperanzas. Es tan raro el recogimiento y recato con que se erian, que si no es para ir à las Iglesias (donde ván pocas veces las nobles, por antigua costumbre del Reyno) jamás ván à parte alguna. No las vé hombre el rostro hasta el dia que se casan; y así les es facilissimo tomar estado de Religion à muchas, porque es pasarse de un Monasterio à otro. Aman de manera las mugeres de este Reyno la honestidad y continencia, que les es facil el dexarse de casar. Exemplo raro fue Doña Leonor Mascarenhas, Señora nobilissima, Fundadora del religioso Convento de nuestra Señora de los Angeles, de Monjas de San Francisco, en esta ilustre villa, que no se casó por no dexar à la Serenissima Emperatriz Doña Isabel, muger de Carlos Quinto, siendo Aya del Rey Don Phelipe II. Lo mismo hizo Doña Guomar de Mello, Camarera mayor de la misma Emperatriz, que de muy poca edad se puso tocas por servir à su señora, sin admitir casamiento.

El recato y encerramiento en las casadas, la honestidad, el exemplo, no tiene igual en Europa; jamás pisan la calle sin orden y gusto de sus maridos. No solo se vé esto en las mugeres de suerte, mas en las humildes de gente limpia. Si de alguna, por mas noble que sea, se tiene un ligero rumor contra la

honestidad, la desamparantodas, sin atravesar sus puertas la mas amiga ò parienta; ni se le llega en la Iglesia. La misma sequedad usan con las viudas que se casan muchas vezes; ò la segunda teniendo hijos. Tienese entre ellas por oprobrio beber vino, jugar à los naypes, no siendo con marido ò hermano. Jamás las coge la noche fuera de su casa; ni se vió muger en la comedia, por de humilde condición que sea. Si en las casadas hay este encerramiento, à qué extremo llegarán las viudas? mueren con sus maridos; sepultanse con ellos; muchas entrán Religiosas, ò como tales viven en sus casas.

Vengamos al denuedo con que muchas Señoras nobilissimas dexaron la grandeza y regalo de sus casas, en que havian vivido muchos años; y se dedicaron à vida perfectissima en estrechos Monasterios; que harán, como prometemos, recompensa.

Sea la primera Doña Isabel de Meneses, muger de Andrés de Sousa, Alcayde mayor de Arronches, Señor de muchas villas. Haviendo fallecido su marido, y quedadole un hijo unico de poca edad, heredero de la casa de su padre; estando en la flor de su edad, hermosa y rica, dexó su estado y riquezas, y, lo que es mas, desamparó al hijo niño, y se entró en Religión; sobrepujando à la piedad con el hijo la mayor piedad con Dios; ignorandó ser madre, por mostrar ser esclava de Christo: tomó el habito de Monja en el Convento de la Madre de Dios de Lisboa, donde se profesa un encerramiento y observancia increíble: mudó con el estado el nombre, llamóse Sor Clemencia, hizo una vida de notable exemplo. Haviendo muerto el hijo à poco tiempo, levantó ojos y manos al Cielo; y dixo: Doy os gracias, Señor; porque me habeis quitado una memoria que tenia en el mundo.

Siguela como en el nombre, en la virtud y nobleza Doña Isabel de Mendoza, muger de Jorge de Melo y Silva,

raro exemplo de casada, rarissimo de Religiosa. Este Cavallero vino à adolecer de lepra, de manera que tenia todo el cuerpo cubierto de llagas abiertas, de que le saliangusanos y copia asquerosa de materia. A las criadas y esclavas le faltaba el aliento para sufrir la hediondez, sin poder llegar à él; mas la perfecta casada vencía con el amor la repugnancia de la naturaleza: moza y delicada le curaba por sus manos, revolvia, y limpiaba la intolerable materia que cada dia brotaba; desnudabale y vestia las camisas empapadas en aquel humor horrible: así perseveró con gran constancia hasta que acabó la vida. Quedó de muy poca edad y de extremada hermosura; y sin hijos, y que por este raro exemplo de virtud la apeteciera lo mejor del Reyno: instabanle sus deudos se casasse; no se dexó vencer: mas haviendo hecho el bien que pudo por el alma del difunto y por la suya, buscó otro Esposo llagado que le fuesse premio de las finezas que usó con el primero: entró Monja en el Convento de Descalzas de Santa Martha de Lisboa, donde llegó à tan alto colmo de virtudes y rara prudencia, que fue embiada à reformar otros Monasterios: vivió con gran exemplo de santidad en su Monasterio de Santa Martha, que le reformó, adelantando la observancia regular à gran punto de perfeccion.

Iguale su gran nobleza con extremada virtud Doña Juana de Villena, muger de Don Miguel de Noroña, hijo de Don Alonso de Noroña, que fue Virrey en la India, hijo del Marques D. Fernando de Villa-Real. Esta tan gran señora, dexando una gran casa, donde gozaba el regalo que dán las riquezas en las de su calidad, tomó el habito de Santo Domingo en el Convento de la Anunciada de Lisboa; acompañó profesa en la milicia espiritual à una hija que tenia en el Convento; y pasó en él lo restante de su vida con singular exemplo.

No pide menos admiracion el que

dió Doña Cathalina de Meneses, Condesa de Matosíños. Muerto el Conde Francisco de Saa su marido, Camarero mayor de los Reyes Don Sebastian y Don Enrique, se recogió en el Monasterio de Sacaven, de Monjas Capuchinas Descalzas, donde procedió con notable exemplo de vida.

No dexó verse de persona alguna, despues que enviudó, Doña Beatriz de Acosta, muger de Miguel de Moura, Governador de los Reynos de Portugal: por mayor fineza de su severa viudez, se encerró en un Convento que ella y su marido havian fundado. Virtud de estos extremos de verdad debe llamarse grande.

No hay edad en las matronas Portuguesas, que no emprenda lo heroyco de la virtud. De esta verdad es testimonio insigne Doña Ana de Torres, viuda de Christoval de Magallanes, Escrivano de la Camara de Lisboa, oficio preeminente. Teniendo muchos hijos y nietos, siendo yá vieja y muy flaca, tomó el habito de San Bernardo en el insigne Convento de Odivelas. Vino à la viña à la hora postrera; mas apresuró el paso, igualando en el trabajo à los primeros. Hizo vida tan santa, y de tanta aspereza y buen exemplo, que habrá de su virtud memoria eterna en aquella casa, por ventura la mayor de Europa; pues tiene trecientas Monjas de Velo, y con las Novicias y sirvientas, y muchas doncellas nobles que se crían en este Monasterio, encierra casi seiscientas mugeres.

La misma hazafia emprendió Doña Ana de Sontes, muger del Doctor Gaspar Carballo, Canciller mayor del Reyno, que teniendo hijos yá grandès hombres, que la regalaban y servian, se negó à tan dulce compañía; tomó el habito de Monja en el Monasterio de Santa Cathalina de Lisboa, donde sus grandes virtudes la dieron fama de santa, y por tal la tienen en este religioso Monasterio.

Cierre este illustre escuadron de tan

ta virtud y nobleza Doña Phelipa de la Madre de Dios, Virreyna de la India, muger del gran Mathias de Albuquerque. Quedó rica, moza y noble, y con las demás partes que el mundo ama y estima, y por ellas buscada de muchos, y deseada de todos; y hecha à mandar una gran casa colmada de riquezas, tan servida de criados, en la flor de sus dias desapareció del mundo, dexando burladas sus esperanzas: entró Monja en el Convento de la Esperanza de Lisboa; comenzó como Reyna, dando con largueza à la Religión y à los pobres; prosiguió como cautiva, sirviendo con humildad en ella: dexó las galas, desprecó las perlas y diamantes, tuvo por basura las esmeraldas y topacios, estimando en mas la pobreza y santidad de la Religión, donde vivió con raro exemplo de virtud y reconocimiento, como antes lo havia hecho casada.

Agravio se hiziera à la virtud, si se dexara en olvido el notable exemplo que en estos tiempos ha dado la Condesa de Vimioso, Doña Juana de Mendoza, que teniendo por compañero de su proposito al Conde su marido, ella entró en el Convento del Sacramento de Lisboa, Religión estrechissima; el Conde tomó el habito de Santo Domingo: ambos grandes en nobleza del mundo, siendo de la casa de Berganza; mayores en la casa de Dios, donde viven conforme al espíritu que les movió à tan heroyca hazafia.

Mas quién podrá fixar los ojos sin gran riesgo en los grandes resplandores de las virtudes heroycas de tantas y tan insignes Religiosas como la Orden de Santo Domingo ha tenido en Portugal? Faltará mayor aliento que el mio, acóbardárase la regalaban y servian, se negó à tan dulce compañía; tomó el habito de Monja en el Monasterio de Santa Cathalina de Lisboa, donde sus grandes virtudes la dieron fama de santa, y por tal la tienen en este religioso Monasterio.

la santidad de las hembras (si así deben llamarse las que en el valor, esfuerzo y valentía en emprender y conseguir las

virtudes, han igualado los mas animosos varones.) Representaré summariamente las virtudes de algunas, que servirán de muestra, por no ofender con total silencio tan ilustres santas.

El antiquissimo Convento de Chelas, primero de Monjas Dominicadas en Portugal, sito una legua de Lisboa en un valle amenissimo, pudiera darnos numero bastante de Religiosas insignes que ocupára este discurso; porque la santidad de aquella casa, en sus principios grande, ha ido creciendo en sucesiones de siglos. La Madre Sor Phelipa del Espiritu Santo probará con sus virtudes quan avecinadas están todas en este santo Convento. Setenta años de Religión, ochenta y cinco de vida, se dividieron entre dos extremos: el primero de una larga continuacion de rigores y penalidades tomadas por su mano; el otro de unas aflicciones y trabajos grandes embiados de la mano de Dios. Comenzó à un tiempo su virtud y el uso de la razon: fue creciendo con los años hasta la edad extrema. Sus ayunos eran pasmo à las demás Religiosas; las disciplinas por todo el cuerpo; hasta en los brazos y pulsos se vian las señales; el sueño casi ninguno; su estancia continua en el Choro; y su oracion fervorosa estrivo fue de su penitencia: fue rara su devocion al Santissimo Sacramento; con él eran sus fiestas, y sus gustos el recibirle con devocion summa; confesaba la víspera, seguía à la confesion una aspera disciplina; desde entonces guardaba silencio inviolable hasta todo el dia siguiente. Al tiempo de comulgar se hazian sus ojos lenguas de lo que pasaba en lo intimo del alma, vueltos dos fuentes de lagrimas, que por el impetu con que prorumpían, era necesario al Sacerdote parar y dár lugar à la avenida. Llegó à uña grande vejez con este tenor de vida, que la dió opinion de santa; y quando havia de tener algun descanso, tomó nuestro Señor la mano, y comenzó labor nueva: acometióle una batería de tormentos y aflicciones rigurosas. Co-

menzaronle unos dolores de estomago tan intensos y continuos, que parecian de infierno; y en nublandose el Cielo, se le cubria de congoja el corazon. Siendo Portera, havia obra en el Convento; estaba la puerta entre abierta, y ella detrás, rezando en su Breviario: entraron dos peones con un cargo de piedra con tal impetu, ayudado del peso, que abriendo furiosamente la puerta, dieron un golpe terrible à la pobre Portera, que la estrellaron en el suelo: dexóla molida y descompuesta toda la armazon del cuerpo, metida en un horno de dolores. La cirugía hizo poco efecto; quedó tullida por dos años y medio, sin poderse revolver en la cama; y si la movian, renovaban los dolores penosissimos: aliviada andaba con muletas. En este purgatorio duró ocho años y medio: sin embargo ayunaba los Advientos y Quaresmas, y tres dias de las semanas del año. A esta desgracia ò suceso llamaba su merced de Dios; porque desde este trabajo comenzó à experimentar altissimas mercedes de la bondad divina, otorgandole todo lo que le pedía, mostrandole visiones soberanas y de gran consuelo. Para perficionar la labor, le sobrevinieron unos accidentes de corazon vehementes, que eran dolores de muerte; y allí mayores los favores de Dios: llamaba à estos males su regalo, y afirmaba eran tan grandes las consolaciones que sentia en el punto mas alto de la tribulacion, que excedian la capacidad de su alma. La muerte fue como la vida. Oyeron musicas celestiales algunas Religiosas: y el olor fragante de su cuerpo, y muchas maravillas que nuestro Señor ha obrado por medio de sus reliquias, téstifican la gran gloria que goza en el Cielo. Falleció entrando el año de 1617. No elogio breve, mas dilatada historia pedia la heroica virtud de Doña Elvira Durando, primer origen de las emparedadas de Santarén. Vió acaso (si le hay en estas cosas) baxar del Cielo sobre el Beato Fr. Gil, varon ilustre de

esta Religión y Reyno, una columna de luz, è incorporarse en el Santo, y quedar todo penetrado en ella, y el rostro como un sol resplandeciente. Amanecióle à vista de esta maravilla una nueva luz en su alma, con que resolvió imitar la vida y penitencia del Santo Fr. Gil: vistió su habito, comenzó un nuevo y raro modo de vida: enterróse voluntariamente viva, para resucitar con Christo. Fabricó una casilla pobre de tierra, encerróse en ella, sin dexar mas puerta ni ventana que una saetera ò ventanilla, por donde la entraba luz y la comida que la trahian de fuera, y à sus tiempos los santos Sacramentos. En estas estrechuras gozaba de la espaciosa latitud del Paraíso. Un mismo espacio de tierra era el lugar de su oracion y su vivienda: tuvo al ayuno por juego, la hambre por refeccion, y à vista de gente alegre, harta, descansada, y descuidada, halló el yermo de los Monges. Veinte y cinco años duró en esta sepultura con summa veneracion de aquella populosa villa. Fue tan grande el resplandor de sus virtudes, que atraxo à muchas su imitacion, fundando à vista de su celda otras de igual estrechura, siguiendo en todo su soledad y penitencia. Con el tiempo, despues de su santa muerte, se reduxeron à forma de Convento, conservando el habito de Santo Domingo que todas trahian, añadiendo la obediencia y demás observancias de la Regla. Salió este Santuario un jardin del Cielo: fue el primer hortelano el Santo Padre Fr. Gil; la original planta Doña Elvira; y la primera Perlada la Madre Maria Dominguez, Castellana, tenida entre santas por tan santa, que mereció en aquel tiempo este gobierno.

La Madre Sor Sentíz, de las mas antiguas de esta religiosa casa, fue eminente en todas las virtudes; mas en la oracion se aventajaba tanto, que todas las vezes que entraba en el Choro, iba tan abrasada en el amor de Dios, que la vian las Monjas envuelta en llamas visibiles de fuego vivo, como si fuera un

Seraphin: y duraban lo que el Oficio Divino; y como se iba acabando, iba menguando el fuego; quedaba traspasada en un profundo arrobó de los sentidos, sin dár cuenta de sí ni de cosa de la vida: muchas vezes la fuerza del espiritu la levantaba en alto, suspendida en el ayre: así en la vida comenzaba à volar para los dulces brazos de su Divino Esposo. Murió santissimamente, enterraronla en el cementerio comun; comenzó à vivir de nuevo con los raros milagros que obraba Dios por su intercesion. La frecuencia de los devotos era tanta, que perturbaba la observancia religiosa; por la quietud del Convento la sacaron à la Iglesia, y la colocaron con gran decencia. En estando las reliquias santas fuera de clausura, cesaron los milagros, sin hazer uno en quarenta años, y sin ellos la devocion del pueblo. Volvieron à recobrar las Religiosas despues de tanto tiempo à su santa compañera; colocaronla en el Choro baxo; volvió à reverdecer de nuevo con grandes y notables maravillas. Aun en los santos muertos haze efecto estar fuera de la clausura: amóla en vida, quiso guardarla muerta.

Yaze con la Madre Sor Sentíz en un sepulcro mesmo Sor Cathalina Rodriguez; siendo iguales en el honor de la urna las que lo fueron en la virtud de la vida. Fue esta santa Religiosa un raro exemplo de penitencia: limitó con estrechez notable la comida y bebida; mortificóse en el sueño, breve y molestissimo; la cama unas duras tablas; siempre vestida, sin añadir ni quitar ropa en temporal alguno: todas estas asperezas se mantenian à fuerza de la oracion y devocion con el Santissimo Sacramento, que fue rara. Tres dias antes de comulgar guardaba silencio inviolable, y tres despues no le quebrantaba; valiasse de señas en sus menesteres: tan limpia queria la entrada para el huesped celestial. Qué alios ternia en los retretes de adentro? Pagóla nuestro Señor este tenor de vida tan santo, tan admirable, con una

enfermedad de lepra tan molesta y dolorosa, que estaba como otro Job, parecida en las llagas, no inferior en la paciencia. No podían moverla en la cama sin dolores excesivos: en medio de este crisol no se le oía en su boca sino alabanzas de Dios. Fue raro el sufrimiento en los descuidos de las enfermeras, sin decir una palabra de quexa. No alcanzó mejoría en sus dolores, como Job; murió en ellos, como Cristo; que tan fiel y regalada esposa no quiso otro blason que morir padeciendo: partió desde la cama al Cielo, que le sirvió de purgatorio; de que hubo señales ciertas. Temieron las Religiosas contagion peligrosa con su muerte; antes de acabar se llenó el Convento de un olor tan suave, como había sido el de sus grandes virtudes. Los milagros con que honró Dios à su sierva fueron muchos, en particular en calenturas maliciosas, en que alcanzaron salud muchos enfermos.

Empleó cien años y mas de vida, que nuestro Señor la concedió, en penitencias severas la Madre Sor Eyria Alvarez en este mismo Convento. Renunció los fueros del paladar y sabor de la comida, trayendo en la boca un terroncillo de sal, y desazonando la comida con otras salsas molestas, con que convirtió en tormento la refeccion comun. A esta penosa vida juntó la oracion continua que la sustentaba. Oía Misa con notable devocion y meditacion de sus misterios y dolores del Señor. Sentía al levantar la Hostia en todos sus miembros un martirio de impetuosos y gravísimos dolores, que la obligaban à derramar copiosas lagrimas. Por ser estas señales exteriores muestras de lo que pasaba en lo interior, pidió à nuestro Señor se las quitasse, doblandole la afliccion y martirio; cumplió nuestro Señor el deseo; mas descubria en el temblante los íntimos y gravísimos martirios que padecía en cuerpo y alma. A vida tan santa sucedió muerte gloriosa: fue la desamparando el calor natural, vencido de cien años

de edad. Sabidora de su fin, fue à gozar del galardón que con tantos trabajos y virtudes había merecido.

Como una santa Anacoreta de las que habitaron en los yermos, pasó ochenta años de vida la Madre Beatriz de Freijo, empleada en mortificacion y oracion continua: su habitacion era el Choro, donde estaba siempre de rodillas, las manos y los ojos en el Cielo, absorta lo mas del tiempo, en que parecia carecia de sentido. Una noche de Navidad, habiendo dicho en los Maytines la leccion octava, haziendo una profunda humiliacion al Santísimo Sacramento, dixo: Señor, quedaos en buen hora que ya acá no os diré otra. Adoleció poco despues de un dolor de costado, que en pocos dias la pasó al Cielo. Haviendo fallecido, la quitaron una cadena de hierro de tres dedos de ancho, compañera suya, à lo que pudo juzgarse, de toda la vida.

De dos hermanas de este Monasterio no se saben los nombres, mas están escritas en el libro de la vida. Representaban las dos à Martha y Maria: la una toda oracion, la otra andar todo el dia de la cocina à la enfermeria, acudiendo à las enfermas. Una noche tempestuosa dió à una enferma un accidente: fue à buscar luz la enfermera; no la halló sino en el Choro; y en él à su hermana en oracion, con ser la noche tan tremenda: turbóse à la vista de la hermana. Es tradicion recibida por edades, que la habló el Señor desde la Cruz, y la dixo que mas merecia su hermana por andar à aquella hora desvelada, acudiendo al servicio de la enferma, que ella en asistir allí toda la noche en oracion. Así calificó nuestro Señor las obras de caridad y amor del proximo, que parece las antepuso esta vez à la quietud y contemplacion de Maria.

Si afirmare que igualaba la abstinencia de la Madre Cathalina Alvarez à la de los antiguos Anacoretas, no será encarecimiento; porque en la duracion y el modo fue muy parecida. Pasaba las

Qua-

Quaresmas enteras sin mas mantenimiento que pan y naranjas: el dia que comulgaba, en reverencia del Santo Sacramento, no comia hasta el dia siguiente. Su residencia continua en el Choro, de donde no salia sino por necesidad forzosa. Viase andaba abrasada en el amor divino. La devocion con la persona de Christo nuestro Señor muy tierna: quando le nombraba, decia siempre: Mi buen Jesus, mi Cordero sin mancha; y esto con una entrañable alegria: supo la hora de su muerte; pasó al Cielo como un Angel.

Otra Cathalina, por apellido Pacheco, no fue de inferior virtud. Vivió siempre de oracion (pasto dulce de los Santos) en una vida larguissima; llegó à no poder moverse sino sobre unas muletas. La viveza de su fé la mostró en un gran favor del Cielo. Estando enferma una Semana Santa, consideraba el Jueves en la noche los misterios de aquel tiempo, despierta y desvelada; oyó un ruido por la casa, como de un tropel de gente que venia andando aprisa; é impeliendose con estruendo y vocería. Sintió moverse y extremecerse un Santo Christo que tenia à la cabecera. Acercandose el ruido, oyó una voz de pregonero clara y sostenida, que distintamente declaraba la muerte que mandaba dár Pilatos à Christo nuestro Señor, como si fuera caminando por las calles de Jerusalém. Sintió la enferma un íntimo dolor; levantó la voz à gritos y dixo: Señor, Señor, esto no es para mí, que os creo y confieso, y sé que esto y mucho mas padecisteis por mí. Allá, Señor, à los infieles mostrad estas señales. A las voces acudieron las enfermeras, y obligaron à la santa vieja les dixese la ocasion. Gran fé, gran humildad, virtud heroyca!

Agraviando voy à estas santas Religiosas con gran sentimiento mio, mientras parece que las alabo. Procuero la brevedad, mas con grande agravio de sus virtudes. Padece este detrimento la Madre Beatriz Salerna. Resolvió esta

santa Madre retratar en sí en grado supremo todas las virtudes juntas de una perfecta Religiosa, y en cada una ser unica. Fue profunda su humildad, ocupandose siempre en los mas abatidos officios de la casa: limpiaba las inmundicias del Monasterio, no solo quando moza, mas despues de anciana: en el Choro servia como novicia. Dormia poco, comia menos, pasaba con solo pan, quando creció la edad, con unas sopas; su comida remitia à los pobres de la cárcel: acudia à las enfermas con notable caridad; haziales las camas; todo era ir y venir à la cocina. Esta obra (ò juicios santos de Dios!) le costó una mano, y despues la vida. Sirviendo à las enfermas se hirió con un plato la mano; la cura obligó à sajarcela, y le quedó valdada. Un dia de Santo Domingo, en que todo el Convento andaba de fiesta, se acordó del desamparo de una enferma: fue à la cocina à traerle la comida; no la abrieron; hubo de esperar al Sol largo tiempo; de que le resultó un mal que le acabó la vida en edad casi decrepita. La contemplacion de esta sierva de Dios fue elevada: así no salia del Choro el tiempo que le quedaba de servir à la comunidad. Fue devotissima de la Virgen del Rosario. Cercana al fin la dió un desmayo; creyeron la acabára: tornó riendose con gesto y viveza de sana. Preguntandole las Monjas si havia visto aquella Señora de quien era tan devota; respondió: Ella me dió su gracia; y con esta risa dió el alma à su Criador: cumpliendose en ella lo que de la muger que canoniza por santa el Espíritu Santo: *Et ridebit in die novissimo*. Las Monjas por responso le cantaron el *Te Deum laudamus*.

Cesen aquí estos elogios, interrumpiendo lo que si se prosigue puede apenas tener fin, siendo cierto que solo este argumento era materia bastante de una historia. Inmensamente creciera este volumen, si huviera de correr por todos los Conventos de Monjas Dominiccas de Portugal; no habiendo mediado el de San-

Santarén. Los nombres solos de las Religiosas santas ocupáran muchos pliegos; otras de gran virtud no tienen número, porque lo son todas. Suplirá este defecto el exemplo que se sigue, que debe escribirse en muchos libros.

Corone este escudron de santas virgenes la Serenissima Princesa Doña Juana, gloria de Portugal, mayor honor de la Orden de Santo Domingo. Fue hija del Rey Don Alonso el Quinto y de la Reyna Doña Isabel su muger, y hermana del Rey Don Juan el Segundo, jurada Princesa de Portugal. Derramó en ella la naturaleza todas las beldades y hermosuras, la gracia todos los dones y virtudes. Admiró su hermosura, que fue rara; admiró mas su santidad, que fue rarissima. Nacieron de un parto con Doña Juana la pureza de alma y cuerpo, la gravedad de costumbres, la honestidad, la devocion, la piedad con Dios, la misericordia con los pobres: trahía por Lisboa criados de confianza buscando las necesidades mas ocultas y mayores; socorriálas con liberalidad increíble. Escogióla Dios para regalada esposa suya; previnola con bendiciones de dulzura. Empeñó el curso de la virtud desde muy niña; excedió con el ardor de la fé los años de la edad tierna, comenzando donde haver acabado otras es perfecta y consumada virtud. Apenas de quince años, en la temprana flor de su edad, porque las galas y alhagos de Palacio no hiciessen suerte en la pureza y candidez de su animo, maceraba ya su cuerpo con aspereza y rigor extraordinario. Increíble fortaleza de animo, entre las joyas y sedas, entre la muchedumbre de damas y criados, entre la adulacion y el estruendo de oficios diversos de su servicio, entre los manjares exquisitos que le ofrecia la abundancia de la casa Real, entre la grandeza y pompa, imitar la vida y las costumbres de los yermos, apeteer la afliccion de los ayunos, la aspereza del vestido, la templanza en la comida, el riguroso trata-

miento de su cuerpo. Vestia una túnica de lana, sin dexarla por el calor ò el frio; ceñia el cuerpo con una faza aspera de cerdas, y como otra Cecilia, las telas ricas cubrian el desabrigo cilicio; y asi debaxo de otro habito militaba à otro Señor. Añadia la abstinencia en los manjares: ayunaba los Viernes à pan y agua, y los demás dias de una mesa esplendida se levantaba poco menos que ayuna. Dexaba las sabanas de olanda y colchones de pluma en que se acostaba en presencia de sus camareras, pasabase à otra cama pobre y dura; y aun durando poco en ella, gastaba la mayor parte de la noche en oracion. Los Viernes y la Semana Santa maceraba su cuerpo delicado con diciplinas, hasta derramar sangre. Todas estas penitencias se hazian con gran recato y secreto, que ni el Rey ni el Principe lo entendian; confiando de matronas virtuosas camareras suyas, sabidoras solas de estos ejercicios. Al paso que la Princesa usaba de mayores rigores, que atormentaban sus delicados miembros, crecia y se aumentaba su hermosura, sin que la aspereza y los ayunos menoscabassen un punto su belleza.

Los mayores Príncipes de Europa en diferentes tiempos la desearon por nuera ò por esposa, llevados de la opinion de su virtud y hermosura. Embiaron Pintores que la copiassen; y afirmaron que no podian el pincel y el arte imitar lo agraciado y donayroso de su rostro, mezclado con lo magestuoso y regio. Admiró este prodigio de beldades al Rey Luis Onze de Francia, y viendo un retrato suyo, hincando las rodillas dió gracias à Dios, que huviesse puesto en la tierra tal copia de la hermosura divina. Pidióla este Rey para el Delfin Carlos su hijo, y despues el mismo Carlos, ya Rey, con mayor porfia. Maximiliano, Rey de Romanos, y despues Emperador, pretendió casar con la Princesa. Enrique Septimo, Rey de Inglaterra, con mayores esfuerzos. Em-

biaron todos Embaxadores à conquistar esta fuerza inexpugnable de su castidad, tal vez con amenazas de rompimiento de su faza è invasiones hostiles: no admitió alguno, firme en su proposito de conservar su pureza: ni lo que mas podia moverle, la autoridad, los mandatos, los ruegos, las porfias del Rey su padre, del Principe su hermano: mas habiase apoderado del corazon de este Angel de tal manera el amor à la virginidad, que ni la esperanza de heredar el Reyno de Portugal por la falta de salud del Principe su hermano, ni ser pedida y buscada de los mayores Monarcas, la movieron un punto de su casto proposito. Despreció los Reynos y el Imperio, como si fueran viles posesiones; pisó las Coronas y los Cetros, porque el Espíritu Santo, que moraba en su castissimo pecho, la esforzaba y animaba. Descubrió el tesoro Evangelico; compró la preciosa margarita con el desprecio de lo mayor que admira el mundo; estimó en mas al Esposo celestial, y la pobreza de Christo, que ser señora del Orbe. Congojabale su honor, y apresuraba retirarse y huir la autoridad y grandeza con que era servida y venerada; ardía en ansias de la soledad y del retiro; y verse en una estrecha celda, y entre los Choros de las Virgenes de Christo; aborrecia su gala, y con Esthé decia al Señor: Tu conociste que aborrecia la insignia de mi cabeza, y la tuve en abatida estima, como un paño ensangrentado. Para qué lo difiero? Aicanzó con importunos ruegos el retirarse à la estrechez de un Convento, con increíble dolor de su padre y hermano, que como Príncipes tan Christianos no se atrevieron à impedir la vocacion divina. Arrojó de sí todas las galas y todo adorno seglar, como impedimentos de su santo proposito: los brazaletes preciosos, las perlas valor de un patrimonio, las piedras brillantes vuelve à la recámara: adornada con un vestido honesto, salió à despedirse del Rey su padre y el Principe su hermano.

Parar tiene aqui el discurso; no ha de intentar referir lo que dicho ha de ser menos. Para explicar la grandeza del sentimiento de estos Príncipes, el valor de la Princesa, se secará el rio de la eloquencia de Tullio, las reforzadas y vibradas sentencias de Demosthenes, salieran mas languidas y tardas en el tiro. Alfonso, que la amaba con extremo, olvidado de ser Rey, se entregó todo à los afectos de padre; y el Principe Don Juan dando al dolor mas de lo justo, puso luto; y aunque despues de largo tiempo lo moderó, no el sentimiento. Sus damas y camareras se resolvian en lagrimas, como en muerte de una Reyna. Los Señores y toda la Nobleza puso luto, y el pueblo hizo sentimiento publico; cerraronse las puertas de Palacio. Entre tantos motivos de dolor la Princesa, mas que nunca serenissima, con un animo intrepido y generoso estaba superior à todos los accidentes humanos. Esperóse la obscuridad y secreto de la noche para salir de Palacio, y con acompañamiento moderado fue al Convento de Odivelas, donde se detuvo hasta executar con mayor acuerdo lo arduo de su proposito.

Con esta esclarecida Princesa, joyel precioso de la virginidad y de la Iglesia, quiso honrar Dios la Religion de Santo Domingo. Era célebre en el Reyno el Convento de Jesus de Avéro, donde la Madre Beatriz Leytaón, muger de gran espíritu, de raras dotes y virtudes, renovaba los primeros fervores de la Orden del glorioso Patriarca: vivian en él las Religiosas con summo rigor y penitencias; y extremada clausura y observancia de la Regla primitiva. Esto llevó el corazon de la Princesa; y dexando los Monasterios Reales de Lisboa y de Coimbra; olvidada de las espaciosas salas de su Palacio, las qüadras y camarines adornadas de artesones de oro, entró en el Convento de Jesus de Avéro, mal formado de tapias; contentóse con una estrecha celda, y la compañía de una Religiosa de Odivelas, que ama-

amaba por su virtud. Vivió en su habito tres años con rara y exemplar vida, imitando las virtudes y ejercicios de aquellas santas Religiosas. Mas el verdadero amor se desagradó del que juzga imperfecto servir à Dios, ni se contenta con menos que las mayores finezas: y sin dár noticia al Rey y Principe, pidió el Habito de Santo Domingo, que pudo añadir honor à esta gran Señora.

Día de la Conversion de San Pablo se postró con humildad profunda ante los pies de la Priora: vistióle el habito santo, cortóle los bellísimos cabellos, afrenta de los del Sol, desprecio del oro del Oriente; sacrificio que celebraron los Angeles en el Cielo, y sintió tierosamente el Reyno de Portugal, gran amator de sus Príncipes, que con autos publicos contradixeron los votos, no estando aun la sucesion asegurada. El Principe hizo mayor demostracion, yendo en persona à impedir lo que halló hecho. Mas la heroica virgen, movida poco de contradiciones, con el habito Regio depuso tambien el animo: ni rasos le quedaron de Princesa; y semejante à las demás novicias en el habito, trato y ejercicios, acudia à los mas humildes ministerios, sin admitir la mas ligera esencion. Sentabase la ultima en el Choro; llevaba el cirial la vez que la cabia; en el Refitorio era comun el asiento y la comida, en platos viles de barro unas yervas y un poco de pescado desabrado. Barria la casa, fregaba en la cocina, hilaba, cosía: ninguna cosa hubo tan abatida, que esta gran Princesa no la hiziese con summa promptitud y alegría; y como por la gran religion no havia en la casa sirvientas, lo eran todas las Monjas; y era la primera la Princesa en todas las haciendas.

La aspereza de la vida y mudanza de manjares estragaron de manera la salud de la Princesa, que la reduxeron à terminos de morir, con largas y penosas enfermedades, que unas sucedían à otras (temióse se le havian podrido los riñones) reduciendo el natural à tal

extremo, que la imposibilitaron de poder profesar con gran sentimiento suyo. De consejo de los Medicos y doctísimos Theologos dexó el habito de Monja, y mostrandose con el de seglar à las Religiosas, se le tornó à vestir por devocion toda la vida, quedando perpetuamente en el Convento (menos en dos breves ausencias muy precisas) siguiendo en todo la Comunidad: solo se diferenciaba en comer carne y vestir lienzo, à que le obligó el conservar la vida; en lo demás no se diferenciaba de las Monjas, sino es en aventajarlas en virtudes. Gustó el Rey su padre y el Principe su hermano tuviese casa y servicio cerca del Convento, con la autoridad y criados convenientes à quien era. Apenas los vía y los trataba: entregóse toda à Dios, guardando las observancias regulares, venciendo la poca salud y fuerzas con el ardor de la fé.

Entre todas las virtudes campeó la castidad, en que fue un prodigio raro; pues por conservar este precioso tesoro hizo los extremos que hemos visto. Luego que vió en su hermano asegurada la sucesion del Reyno, hizo voto de castidad en presencia de las Monjas con gran ternura y devocion y lagrimas: fue tan agradable à Dios este sacrificio, que desde este día comenzó en su alma una lluvia copiosa de gracias y favores. Igualaban à la castidad las demás virtudes, la humildad, mansedumbre, misericordia, amor de Dios y los pobres. Fue devotísimos de la passion de Christo; trahía por empresa la Corona de espinas.

Diez y ocho años vivió en el Convento de Jesus de Avéro, donde la cogió la última enfermedad, en que padeció increíbles dolores y accidentes, que purificaron aquella alma santa. Fue admirable su paciencia en muchos meses que duraron sus dolencias: mandóse enterrar con el habito de Santo Domingo, diciendo quanto deséo profesar en él. Dió su alma à Dios à los treinta y ocho años de su edad, con gran quietud

y

y sosiego, cercada de las Religiosas, que le fueron amigas verdaderas. Manifestó nuestro Señor la gloria con que havia premiado à la Princesa, con milagros y varias apariciones, en que se mostró gloriosa à algunas Religiosas, siempre en el habito de Santo Domingo que havia vestido, y que tanto honró en su persona. Estas son las glorias de este habito santo en Portugal: así le ha favorecido la bondad divina, enriqueciendo à estas felices almas con tan abundantes dones de gracia, quantos son los grados que gozan en la gloria.

## CAPITULO XV.

*Del feliz transito del P. M. Fr. Luis de Granada.*

**D**ixo discretamente un advertido, que si en Dios pudiera haber felicidad, por no darle por autor de las muertes de los hombres, fuera sin duda felicísimos; pues disponienlas todas, ninguna se le imputa. A uno mató un camino, al otro una pesadumbre ò una cena, à aquel la aspereza ò desden de un poderoso, à este una holgura ò un trabajo, ò una pretension de honra dilatada; à unos acaba el sol; à mas la luna; à varios accidentes atribuyen la muerte de los hombres; viniendo por la voluntad de Dios que señala el termino de la vida el día que el hombre nace.

El Padre M. Fr. Luis de Granada se hallaba de ochenta y quatro años de edad bien cumplidos, gastados en continuos estudios, trabajos y penitencias; muy cargado de achaques, que pasaban à enfermedades penosas, mayormente en los últimos años: sin embargo quieren decir algunos que fue gran parte para acabarle la vida el suceso de la Monja. Es pensión de grandes entendimientos saber ponderar las causas del dolor: no hay mas en esto, que el echar juicios al ayre, como se suele en estas ocasiones.

Lo cierto es que el Adviento del

Tom. I.

año de mil y quinientos y ochenta y ocho (tiempo santo, dedicado à mayores aumentos de todos los ejercicios espirituales, à que exhorta la Iglesia con tantas demostraciones: venerante los Religiosos por sus santos Institutos con particulares observancias, ayunos y penitencias, teniendole como una larga vigilia de la gran festividad de haberse hecho Dios hombre por el hombre) el P. M. Fr. Luis de Granada, como si se hallara en lo mas robusto de su edad y con enteras fuerzas (el amor no reparó en achaques) se dió à una rigurosa penitencia, como si tuviera particular revelacion del Cielo que aquel Adviento era el ultimo de su vida, y estaba en la vigilia de su muerte, ò por mejor decir, de la nueva vida que le esperaba en el Cielo. A los ejercicios de oracion, largos y continuos, aumentó la abstinencia: quiso pasar con solas yervas; comía muy poco; usaba otras asperezas.

Pasada buena parte de este santo tiempo, hizo este desabrado manjar, y de tan poca substancia, mala suerte en el estomago, naturalmente calido; convirtiósese todo en colera, y comenzó à tener algunos vomitos de ella con alguna alteracion de pulso. Llamaron los Medicos: creyeron ser frialdad ò relajacion de estomago, y le aplicaron cosas calidas interior y exteriormente, con que le fue creciendo la calentura, y un día amaneció con un mal que le tomaba la mayor parte del cuerpo. Conocieron los Medicos que havian errado la cura (como suele suceder no pocas veces, por las mas hazerse à tiento) mudaron de remedios; mas à tiempo que no los tenia su mal. Poca era en sí la calentura; pero en hombre de tanta edad, y en un sugero flaquísimo, debilitado de las particulares penitencias de aquellos días y de toda la vida, y que havia dos años que trahía las tripas fuera de su lugar, qualquier accidente se havia de tener por muy grave, como en efecto lo fué.

T

Co-

Conociendo pues el santo varon que esta fiebre havia de acarrearle el refrigerio eterno, y que se acercaba el fin de sus trabajos, y la corona de su fé, guardada y enseñada estaba yá muy cerca, alegróse mucho: crecia mas el deseo de tocar la seña y el palio de su curso, y llegar al puerto deseado. Regocijabase su espíritu en ver llegar yá la hora para que se ordena la vida y los trabajos de ella, y que las obras en el discurso de su larga edad, hechas con el socorro de la divina gracia, le parian ahora frutos tan sabrosos; por haverlas puesto en cambio tan seguro, le respondian con grangerias tan ciertas.

En todo el discurso de la enfermedad dió muestras del gran caudal que tenia atesorado para este tiempo: mostrabase tan entero en el sugeto, que no se echaban de vér ni los años ni la gravedad del mal. Los deseos puestos en el Cielo, donde hazia la jornada. Rompia en unos afectos amorosos, llenos de devocion, y sentimientos vivos; y como estaba tan actuado en estos pensamientos y exercicios toda la vida, en este ultimo trance fueron mas intensos, mas fervorosos y abrasados.

Vianle tan alegre y con tan buen semblante, como en salud: de manera, que de él no se podia juzgar el peligro de la enfermedad; mas era un mostrador de la gran paz y quietud de su animo, y de aquel espíritu tan superior à lo que padecia. Eran sus ansias de acabar de vér y gozar de Dios; y como la buena vida es vispera de la buena muerte, quien havia gastado en la Religion tantos años con tan grande aprovechamiento, y con los exercicios que se han dicho, no era mucho se consolase con la muerte. Que si la vida de los justos tan acosada no tuviera el bien escondido en el remate, no podia tolerarse: mas son tales las esperanzas que tiene consigo el morir, que por llegar à aquel puerto con seguridad, mueren en vida cien mil vezes: mayormente que el tran-

sito de los Santos goza de especiales privilegios; siendo estilo ordinario de nuestro Señor, comunicar en aquel paso à los que le han servido como el Padre Maestro Fr. Luis de Granada, alguna participacion de la dulzura que les tiene prevenida.

Querer decir lo que pasó en esta enfermedad fuera alargar prolixamente el discurso. Jamás se quejó de los Medicos, ni del enfermero, ni de los que le servian, aunque le acudiesen mal, y le traxessen las cosas fuera de tiempo y mal sazoadas, como suele suceder en las Comunidades.

Dos días antes que acabasse, viendo llorar à su Compañero (y eran cortas muchas lagrimas en pérdida de tal Padre, y de su conversacion del Cielo) le dixo: Calle, Padre, y no llore, pues vé que yo no lloro: mas no sé si lo podrá hazer; que los dos tenemos diferentes pensamientos. Y eranlo sin duda: el Compañero lloraba porque le parecia cosa de todo punto insufrible, verse privar de tan gran Padre, desamparar de tan dulce amigo, y ausencia de tal Maestro, y que faltaba del mundo tal varon; el siervo de Dios alegrabase con su ganancia, y vér cerca el premio que humilde y confiadamente esperaba del Padre de las misericordias, à quien havia servido.

El día penultimo del año le hallaron flaquissimo los Medicos, y ordenaron recibiese el Santissimo Sacramento por Viatico. Dieronle el ultimo aviso que se venia acercando à paso largo la muerte. No se alteró ni entrísticó el varon santo; antes diria en su corazon: Alegradome he con la buena nueva que me ha venido, à la Casa del Señor irémos; bienaventurados los que en ella moran, que le alabarán por todos los siglos. Confesóse para la partida, aunque lo habia hecho muchas vezes en el discurso de la enfermedad; que quien vive con tan gran luz del Cielo, y à sus rayos vé los atomos y las negligencias mas ligeras, trata freqüentemente del

re-

remedio; y purificar y acrisolar la conciencia.

Truxeronle luego el Santissimo Viatico, provision soberana para la larga jornada de la eternidad. Recibió el Venerable Padre aquel bocado de la gloria, aquel pan de vida eterna, con tanta devocion y espíritu, con profunda humildad, diciendole tan tiernas y amorosas palabras, que todos los circunstantes se resolvian en lagrimas. Hizo que le dexassen solo; retiróse allá dentro, como quien yá se veía en gloria; recogió el alma todas sus potencias, para con todas ellas entrar à hazer estado al gran Principe que havia recibido en su casa.

Otro día, el ultimo del año, à las quatro de la tarde recibió el Santo Oleo con que la Iglesia santa unge à sus hijos, para el postrer combate de la vida. Estuvo mientras duró el ungrirle en todo su acuerdo y perfecto juicio, ayudando al oficio, respondiendo à todo, rezando con los Religiosos los Psalmos y otras oraciones que se acostumbra en aquel oficio, con gran quietud y sosiego: tal era la alegría y seguridad con que salia de esta carcel para el Cielo, como si le llevarán à bodas; y de creer es fue llamado à las felices de la gloria.

Despues de esto, à persuasion de algunos Religiosos, hizo una devotissima platica à los novicios, y como divino cisne cantó en aquel ultimo trance con mas suave melodia: hablólos con palabras graves, santas, amorosas, eficaces, exhortandoles al amor de Dios, à la perseverancia en la virtud y proposito de vida que havian comenzado, pues tenian tan cierta la corona; propusoles la brevedad de la vida; que ni el trabajo ni el contento duran mucho, y al fin lo mas largo se acaba; el premio sin termino, el galardón sin tasa, la medida colmada y redundante: pidióles que procurassen no se les helasase y entibiase el fervor de espíritu que tenian, considerando el bien que po-

Tom. I.

señan, y las obligaciones en que estaban à Dios, que les havia sacado de un mundo lleno de engaños y peligros; exhortóles à la observancia de la vida regular, y à sus canones y reglas, sin descuidarse en cosa; encomendóles la pureza de alma y cuerpo; dioxoles otras razones de igual ó mayor peso.

Pidió despues de esto le dexassen solo, y estuvo mas de una hora en oracion: hablaba con Dios con tal fervor, que desde fuera de la celda se sentia la fuerza y vigor de su espíritu; qué palabras de regocijo dixo el santo Rey, que procedian de la abundancia de bienes que tenia el alma.

Hizo que le leyessen la pasion de Christo nuestro Señor escrita por S. Juan, à que atendió con tiernos sentimientos: despidióse de los circunstantes, como quien se partia à tomar posesion de un Reyno conquistado à fuerza de violencias virtuosas.

Solo se oía en aquella pobre celda lo que se havia visto y practicado en vida, oracion y leccion santa; gozabase de una quietud grande, de un sosiego religioso, una tranquilidad que no puede dár el mundo. No se oían quejas de criados mal contentos, por quedar perdidos despues de largos años de servicio; no los atrevimientos de hazerse pagados de su mano, y desamparado el amo enfermo, entregarse todos al pillage; no los rumores y conturbacion de la familia, los acometimientos à embargos y competencias sobre el espolio rico, ni los temores si hay para pagar las deudas, y mayores por dexar tesoros amontonados, sustentó de muchos miserables; no morir entre sentimientos de esperanzas cortadas al mejor tiempo, y en medio de pretensiones, cortandose la tela quando se empezaba à urdir.

Todo pasaba muy al contrario: cercaban al santo lecho, demás de sus Religiosos, la pobreza Evangelica, la seguridad de una conciencia pura, la tranquilidad de un animo pacifico, modes-

T2 to

to, sosegado, lleno de confianzas humildes de vér y gozar de Dios. Ningún cuidado le combatía de lo que dexaba, porque nunca tuvo que dexar; havien- do vencido el mundo, y hollado quanto en él se estima: y en haverlo dexado tan de veras consistía la tranquilidad y paz con que partía.

Quando sintió que el alma iba des- amparando las partes inferiores del cuer- po, pidió la vela bendita, costumbre santa entre los Christianos; que la po- nen en la mano a la entrada en este mundo en el Bautismo; en testimonio de la fé que profesamos. Nunca la dexó apagar el V. Fr. Luis: fue de aque- llos siervos Evangelicos que ceñidos con el cingulo de la castidad, conservaron la luz encendida en sus manos de ex- celerante doctrina y santidad de vida, es- perando à su Señor.

Ibase acabando aquella vida, que tan importante fue à la Iglesia, entre las exhortaciones de sus Religiosos, y oraciones y Psalmos con que socorren en aquel ultimo aprieto. Fuesse atenuan- do el aliento, hasta romperse aquellas débiles cuérdas con que estaba asida el alma; que sin alteracion y movimiento feo, libre como paloma candida, voló à las moradas eternas, como reconoce la piedad Christiana. Entró en la vida per- durable, vida que no tiene muerte, po- sesion segura, trueque de poco por mu- cho, y entrada en el gozo de su Señor: entró alentadamente en presencia de su Rey, havien- do trabajado como buen jornalero, siervo fiel, grangeado los ta- lentes, à gozar el premio prometido.

Vé con Dios, alma dichosa, que la debilidad de mi vista no puede seguirte: goza, Doctor eminente, del premio de tus sudores: entra à morar en el Tem- plo de Dios vivo, donde moras para siempre. No permita Dios que estilo tan humilde presuma encarecer tus alabanzas; pues si no es con el tuyo, con

qualquier otro quedarán ofendidas; es- curecidas, deslustradas.

Sucedió esta muerte à las nueve de la noche el día ultimo del año de mil y quinientos y ochenta y ocho, siendo de edad de ochenta y quatro años, los se- senta y seis en la Religión. Murió, como dice la Escritura de los Santos, lleno de días, en vejez buena: queriendo signifi- car que no hubo en ellos cosa vacía ò afrentosa, ni en la vejez cosa flaca ni fea, sino que quando llegaron al termi- no de la carrera, estaba todo lleno y cumplido. Verificóse en el V. M. Fr. Luis de Granada: murió lleno de días y vir- tudes, en una entereza grande de luz, de perfeccion, de claridad, de lumbré; vió el cumplimiento de sus deseos, gozó del fruto de sus obras colmadas, sus trabajos convertidos en gloria; llegó à aquel puerto felicissimo donde enderezó las velas y la proa de su navío.

Fue de estatura mas que mediana, mas de magestad, de gran hueso, corpulento en proporcion; y tuvo en el rostro una apacibilidad Angelica, con la car- ne muelle, delicada y colorida; los ojos algo encogidos, mas alegres y modestos, puestas continuamente en la tierra; la frente espaciosa y serena, con las lí- neas que del derecho de la nariz de tal manera se juntaban, que formaban una estrella; los dientes fueron blancos y con buen orden: la nariz aguileña, algo crecida, faccion muy estimada de los Persas (tenia entre ellos señal de seño- rí y regio) la boca de mesura; el pelo un tiempo algo de rubios, despues pararon en blancos; la cabeza gruesa, algun tanto calba: era dulcissimo en la conversacion, y amigo de todos, si bien ninguno se le domesticaba demasia- do; tenia reverencia en el aspecto, que se hazia admirar; mostraba que no se divertia jamás de pensamientos altos y celestiales, de los doales tenia el enten- dimiento lleno.

## CAPITULO XVI.

Del oficio funeral y sepultura del P. M. Fr. Luis de Granada.

Refiere el Padre M. Fr. Geronymo Joannini, Capuano, en la Vida del Padre M. Fr. Luis de Granada, que componiendo el venerable cuerpo para sepultarle, le hallaron los Frayles ceñido de una cadena gruesa de hierro que casi estaba dentro de la carne, y que las rodillas estaban endurecidas y callosas por el continuo orar. Ambas cosas son arto conformes à la gran au- teridad del santo Maestro Fr. Luis: no he hallado este particular en otro Au- tor; y así solo lo refiero, poniendo el crédito por cuenta del P. Fr. Geronymo, que tendría para escribirlo fundamento bastante.

Quedó el rostro del Venerable va- ron mas hermoso y apacible que quan- do estaba vivo: no le alteró la palidez de la muerte, antes una cierta dignidad y tal gravedad llenó el semblante, que no parecia estár muerto, mas dormido, con admiracion de quantos le miraban.

Compusieron el cuerpo con el habito santo, mortaja que havia tantos años que vestia; y à la media noche, entrada del año nuevo, le llevaron al Choro, y colocaron en medio.

Están los Choros de los Religiosos en el Reyno de Portugal, no al pie de la Iglesia y en alto, como los nuestros, mas immediatos al Altar Mayor, en ba- xo, corriendo las sillas por los lados, y se cierran con una rexa de moderada altura; queda fuera el crucero y cuer- po de la Iglesia, donde el pueblo asis- te à los Oficios divinos, teniendo delan- te de los ojos el escuadron Religioso cantando à Dios alabanzas, que les com- pone y enseña compostura y devocion.

Otro día, primero del año de mil quinientos y ochenta y nueve, día de la Circuncision del Señor, se esparció la voz de haver muerto tan gran varon, por la populosa ciudad de Lisboa: de

que se tuvo justo sentimiento: fue el con- curso notable de toda suerte de gente, por el discurso del día, à vér y venerar el cuerpo del que tenían por santo.

La solemnidad del día ayudó à la veneracion del gran siervo de Dios, no sin particular providencia del Cielo. Celebra en aquel insigne Convento la santa Cofradía del nombre de Jesus, ins- tituida por la Orden de Predicadores, su principal festividad; y es la mayor de aquella santa casa; y este año se hizo con demostracion extraordinaria: cele- bróse estando el cuerpo en el Choro, de manera que mas parecia fiesta solemnís- sima de Santo; que exequias de difun- to. Y así el concurso grande de toda la ciudad por esta causa ayudó à la ma- yor veneracion de un varón que en vi- da tan estimado y celebrado havia sido. Y todo el Oficio de aquel día, que fue solemnissimo, sirvió en cierta manera à mayor autoridad del cuerpo, pues to- do se hizo en su presencia.

La gran multitud de pueblo, que no faltó hasta dexarle enterrado, le acompañó con voces universales de ala- banzas, y le ofreció muchas lagrimas, lamentando la pérdida que habian he- cho; y fueron pocos los de aquella ciu- dad populosissima, en parangon de quantas tiene el Orbe, que no fuesse à venerar, y con dulces sentimientos acom- pañar el cuerpo. Movieronse todos à tan rara devocion, que los hermanos de la casa de Novicios, que siempre asis- tieron con el cuerpo en el tiempo que la Comunidad no estaba en el Choro, tu- vieron bien que hazer en tomar por la rexa gran numero de Rosarios, que la multitud les daba à tocar en el rostro del difunto, que tenia descubierto, por la gran reputacion que tenían de la san- tidad del V. Maestro.

A la tarde, despues de dichas Vis- peras con la musica y regocijo que pe- dia la fiesta, se comenzaron las de los difuntos con la misma musica y solem- nidad; y luego se dió principio al ofi- cio de la sepultura. Asistieron todas las

Ordenes de Religiosos que hay en Lisboa, sin ser llamados, à honrar al Padre comun de todas ellas; pues con sus libros es guia y Maestro de todos los profesores de la vida Religiosa.

Acabado el Oficio, sacaron al bendito difunto del Choro, y por consolacion del pueblo fue necesario llevarle por la Iglesia, y sacarle fuera, y entrar por la porteria, dando primero una vuelta al patio, que es muy grande, y otra por el claustro, entrando por el corredor, que de él vá entrando por la puerta de la Sacristia para el Antecho-ro, donde tenia la sepultura abierta. Por todo el espacio que caminó el entierro, apenas podia romperse, por la increíble multitud que havia concurrido: procuraban todos verle y tocarle, y besarle las manos y pies, y llevar alguna reliquia. Creció la confusion de manera, que fue necesario llamar ministros de justicia que abriessen el camino: y con muchas violencias no bastaron para que dexassen de llevarle la capa, habito y escapulario en pedazos: quedó medio desnudo, y hubo quien un solo diente que tenia se le sacó de la boca.

Llegaron agramente á la sepultura; pusieron el cuerpo pegado à ella en las andas ò atahud, para pasarle à una caja de madera con que havian de enterarle; mas fue el tropel de manera, que parecia imposible: puso de una parte Don Alonso de Noroña, primo del Marques de Villa-Real, y padre del Conde de Linares; y de la otra parte Rui de Silva, hijo de Fernan de Silva, Veedor de la Fazienda; ambos con las capas caídas del concurso de la gente, y cada uno con un puñal en la mano, para dár lugar à sepultar el cuerpo; que se hizo con grandissimo trabajo. En medió de este conflicto un Padre de la Santissima Trinidad arremetió al cuerpo del difunto; no halló cosa mas à mano, descalzóle un zapato, y metióle con prisa en el seno para asegurarle; partió contento como si llevára un te-

soro. Sepultaron al gran Fr. Luis de Granada; cuya fama no cubrirá tierra ni olvido.

El dia siguiente se le hizieron las honras, continuando el oficio y Misa solemne: volvieron todas las Religiones, cantaron las lecciones hombres graves (estilo loable de aquel Reyno): cantó una leccion el Padre Jorge Serrano, de la Compania de Jesus, persona de grande autoridad, muchas vezes Perlado, y del Consejo Supremo del Santo Oficio. Concurrió toda la nobleza del Reyno è infinito pueblo. Predicó el Padre M. Fr. Antonio de Sousa, Vicario General que havia sido de la Orden de Predicadores, y despues Obispo de Viseu, grande amigo del Padre Fr. Luis; gastó buena parte del sermon en traer cuentos que le oyera de la humildad de su nacimiento; y habló mucho de su penitencia, y que de los pepinos solo comia los extremos, que es lo mas amargo; discurrió en otras virtudes y alabanzas del Venerable difunto: à todos pareció havia andado corto; porque no llegó al gran concepto que tenian; y asi todos se hazian Predicadores.

Supose luego su muerte por todo el Orbe Christiano: sintieronla y lloraronle universalmenté todos; porque siempre muere malogrado el bueno, aunque de ochenta y quatro años; como con vida sobrada el de veinte, si su vivir es una peste del mundo, quando una grande ancianidad le beneficia.

En muchos Conventos de su Orden se le hizieron particulares honras. El insigne Colegio de San Gregorio de Valladolid honró à su alumno, que tanto le ha él honrado. En Predicadores de Valencia fueron solemnissimas: predicó el Ilustrissimo Patriarca Don Juan de Ribera, Arzobispo, varon de incomparable virtud: no pudo hazerse mayor demostracion por un amigo: mostró el amor y estima que tenia de nuestro Padre Fr. Luis; dixo grandes alabanzas; ninguna pareció encarecimiento.

Y porque aquel deposito no estuvié-

se sin la estimacion debida à tan gran hombre, y el tiempo pudiesse causar equivocacion, Francisco Duarte, Proveedor de las Armadas de su Magestad (merece esta memoria por el hecho) gran devoto y aficionado del Padre Maestro

Fr. Luis, le mandó cubrir à su costa con una hermosa piedra: grabóse en ella este Epitaphio, escogido entre muchos que se hizieron, por ser muy del intento, y decir mucho en pocas líneas.

FRATER LUDOVICUS GRANATENSIS EX PRÆDICATORUM FAMILIA,  
CUIUS DOCTRINÆ MAIORA EXTANT MIRACULA  
GREGORII XIII. PONT. MAX. ORACULO,  
QUAM SI CÆCIS VISUM, MORTUIS VITAM A DEO IMPETRASSET.

PONTIFICIA DIGNITATE SÆPIUS RECUSATA CLARIOR,

MIRA IN DEUM PIETATE, ET IN PAUPERES MISERICORDIA,

INSIGNIUMQUE LIBRORUM,

AC CONCIONUM VARIETATE TOTO ORBE ILLUSTRATO.

ÆTATIS ANNO LXXXIV.

ULTISIPONÆ MORITUR MAGNO REIPUBLICÆ CHRISTIANÆ DESIDERIO.

PRID. KAL. JAN. ANN. M.D.LXXXIX.

En Romance dice asi.

FR. LUIS DE GRANADA, DE LA ORDEN DE LOS PREDICADORES,  
POR CUYA DOCTRINA SE VEN MAYORES MILAGROS,  
(ASI LO DIXO EL ORACULO DE GREGORIO XIII. PONTIFICE MAXIMO)  
QUE SI HUVIERA ALCANZADO DE DIOS VISTA À CIEGOS,  
VIDA À MUERTOS.

MUCHO MAS ESCLARECIDO

POR HAVER REPUDIADO MUCHAS VEZES OBISPADOS;

ILUSTRE POR SU ADMIRABLE PIEDAD CON DIOS,

Y MISERICORDIA CON LOS POBRES.

HAVIENDO ILLUSTRADO TODO EL ORBE

CON SUS INSIGNES LIBROS Y SERMONES,

À LOS OCHENTA Y QUATRO AÑOS DE SU EDAD MURIÓ EN LISBOA,

CON GRAN SENTIMIENTO DE LA REPUBLICA CHRISTIANA,

EL DIA ANTES DEL PRIMERO DE ENERO DE M.D.LXXXIX.